

cología en la propia UCA, donde alcanzaría la cátedra con tan sólo treinta y ocho años. Nuevos testimonios nos hacen, una vez más, cercana la figura del jesuita asesinado, en una obra que, a pesar de su no cientificidad, no deja de ser un libro interesante que merece la pena leer para comprender la importante pluralidad existente en el seno de la Compañía de Jesús.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

GASTON PIÉTRI, *El catolicismo desafiado por la democracia*, Santander, Sal Terrae, 1999, 205 pp., ISBN 84-293-1316-8.

Democracia y catolicismo han sido dos elementos protagonistas del siglo xx y abocados a enfrentarse el uno con el otro en la búsqueda de un, en ocasiones, difícil entendimiento. El que fuera Secretario general adjunto de la Conferencia Episcopal francesa entre 1982 y 1988, y director del Instituto Pastoral de Estudios Religiosos de la Universidad Católica de Lyon entre 1988 y 1993, presenta aquí un ensayo francamente interesante y sobre el que debemos señalar que no abunda la bibliografía.

Estructurado en diez capítulos, desde el comienzo mismo de la obra se trata de recordar la influencia absolutamente trascendental que para el futuro devenir de la Iglesia ha tenido el Concilio Vaticano II. Con la aprobación de la Declaración «*Dignitatis humanae*», hecho acaecido en diciembre de 1965, Pablo VI proclamaba la libertad religiosa; con ello, la Iglesia exigía para países como Sudán o Arabia Saudita el mismo respecto al catolicismo que aquélla había profesado hacia el Islam en Alemania o Francia. Como señala el autor, la era democrática viene caracterizada por la emergencia del sujeto y por la institución del individualismo como rasgo capital de nuestra sociedad, no quedando bien definido qué es primero, si el individuo o la sociedad. Frente a estudios realmente aparecidos, como el muy crítico de John Cornwell titulado *El Papa de Hitler*, Piétri reivindica la figura de Pío XII como defensor de la democracia, aludiendo a su mensaje navideño de 1944. Mucho más claramente se había posicionado el gran pensador cristiano Jacques Maritain, quien había calificado al fascismo italiano y al nacionalsocialismo alemán de «imperios paganos», donde se mata no sólo a los hombres, sino también a las conciencias. En este sentido, el libro objeto de nuestro análisis constituye una auténtica recuperación del pensamiento de Maritain.

Gaston Piétri no niega el secular conflicto entre catolicismo y democracia, y que tiene su base fundamental en las teorías ascendentes y descendentes sobre el origen del poder. León XIII, uno de los pontífices más progresistas de la Historia (con todas las matizaciones que quieran hacerse), había formulado una tesis inteligente que permitiera concluir con el conflicto: a su parecer, la fuente de autoridad procede indiscutiblemente de Dios, pero la designación de los gobernantes pertenece a la «cosa pública», y, por tanto, es factible plantearla a la ciudadanía. En cualquier caso, el entendimiento entre democracia y catolicismo de finales de siglo debe interpretarse más que en la fusión real de ambos, en la oposición rotunda de los dos a su gran enemigo: el totalitarismo. Según el autor, la conclusión que hay que extraer es que la democracia, cuando quiere oponerse al totalitarismo, tiene que conceder la máxima importancia al debate público, a la consideración de los conflictos con vistas a

una regulación efectiva y a la aceptación de las diferencias y, por tanto, a la negociación.

El hombre del final del siglo xx se encuentra enfermo por los efectos perversos de la modernidad, pero, a pesar de ello, sigue siendo un hombre mayor de edad, un hombre, así, «educable» en los valores de la democracia: en una sociedad democrática, Dios sigue teniendo lugar, pero siempre que se trate de un Dios a la altura de las más nobles aspiraciones del hombre, el que los cristianos deben proponer a su libre y gratuito reconocimiento.

Uno de los problemas que se plantean entre democracia y catolicismo es el reconocimiento del derecho a negarse. Es decir, reconociendo que la «mayoría» no siempre tiene razón, no puede haber democracia, según nuestro autor, sin que sea legítimo el derecho a negarse a una imposición a todas luces injusta (y, por tanto, moralmente ilegítima) de la mayoría. Por ello, Piétri, frente a aquellos que critican el indigno «silencio» de Pío XII, recuerda a teólogos protestantes de la talla de Karl Barth y Dietrich Bonhoeffer (autor de la maravillosa obra *Resistencia y sumisión*, entre otras), que hicieron posible el nacimiento de una «Iglesia confesante» para la cual el Estado ya no era, en la sociedad, la forma más elevada de realidad humana (se llegó a decir que el «crimen contra la humanidad» era, en realidad, el «ejercicio criminal de la soberanía estatal»). En ese derecho a negarse la Iglesia ha escrito brillantes páginas. Sudáfrica, país profundamente religioso y evangelizado desde el siglo xvii, impuso un «apartheid» (reconocimiento sólo a los blancos de la ciudadanía) que llevó a la propia jerarquía católica a denunciar abiertamente esta política desde los años setenta. Smangaliso Mkhathshwa, secretario general de la Conferencia Episcopal sudafricana, tendría que sufrir en su propia carne el encarcelamiento y la tortura. Para Piétri, la conclusión es clara: el «no» de ayer al racismo es el que permite el «sí» de hoy a la edificación de una sociedad digna por fin del ideal democrático.

Otro conflicto importante entre catolicismo y democracia se focaliza en torno a la sexualidad. Aquí es donde, según Piétri, se ha mostrado muy poco respeto hacia la doctrina de la Iglesia (un periodista, recoge literalmente el autor, llegó a hablar de «la imposición de los meapilas»): dado que se trata de un terreno donde la libertad personal está más directamente concernida, los dictados han sido rechazados como expresión de una injerencia inconcebible. Llama la atención la suma dureza con la que el clérigo francés habla, y que contrasta con el aperturismo mental del conjunto de la obra. Y es que para él resulta sumamente grave para una sociedad, y ruinoso para la propia democracia, que so pretexto de libertad el hombre llegue a no saber ya manejar de manera responsable esa capacidad de amor y de don que representa la relación sexual.

Pero es que hay terrenos donde el conflicto puede plantearse en términos mucho más crudos, y que han afectado y siguen afectando a la propia España desde hace décadas. Estamos hablando, obviamente, del aborto y de la eutanasia. Es lo que ha hecho que, en medio de la emergencia de los Estados laicos o aconfesionales, se haya acusado a la Iglesia de querer «dirigir» la sociedad. Pero, realmente, la Iglesia puede sentirse plenamente satisfecha, y ésta es una de las principales conclusiones que extrae nuestro autor, de cómo marcha su convivencia con las opciones políticas actuales. Porque Roma, como es bien sabido, desarrolló una dura lucha contra el liberalismo a lo largo del siglo xix (todavía se mantendrían las espadas en alto a co-

mienzos del xx), enfrentándose también con el movimiento obrero, con el marxismo o con el anarquismo.

El último capítulo será una conclusión muy interesante a una obra brillante en su conjunto: ¿es la democracia aplicable en el seno de la propia Iglesia? Porque esto no sólo es cuestionable en lo que se refiere a la propia jerarquía, sino a la totalidad de la institución. Recordemos, en este sentido, que el sentimiento de desigualdad entre los laicos españoles fue lo que llevó a la gravísima crisis de la Acción Católica a finales de los sesenta. Piétri reconoce que esta igualdad fundamental no puede quedarse en el plano de los grandes principios, sino que debe encontrar traducciones tan adecuadas como sea posible en la organización de la vida eclesial, reconociendo que «aún estamos muy lejos de la realidad».—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

VV.AA.: *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola/Loiolako Inazio Institutuen Urtekaria (1999). Cuarto centenario de la «Ratio Studiorum»*, San Sebastián, Universidad de Deusto-Instituto Ignacio de Loyola, 1999, 198 pp., ISSN 1135-8513.

Ocho autores (dos de ellos firmando un mismo artículo) han querido dejar su pluma en el cuarto aniversario de la *Ratio studiorum*, nombre con el que históricamente se conoce el sistema pedagógico puesto en marcha por la Compañía de Jesús a finales del siglo xvi. Se trata de una serie de conferencias pronunciadas en la Universidad de Deusto en los meses de marzo y noviembre de 1999 y que han querido plasmarse en un libro que, aunque heterogéneo por naturaleza, viene a realizar contribuciones interesantes en torno a un elemento de gran importancia para la Iglesia: la educación.

Realmente, no es un libro de historia clásico, sino un conjunto de estudios donde es perfectamente posible diferenciar aquellos artículos que reflexionan sobre lo que ha sido la *Ratio Studiorum* a lo largo de la Historia, por un lado, y aquellos que analizan la validez actual del sistema, por otro. En lo que se refiere a los primeros, Evaristo Rivera ha investigado sobre la trayectoria de los colegios de la Compañía de Jesús en los siglos xvi y xvii; Manuel Revuelta, uno de los más notables historiadores de la Iglesia en España, sobre la adaptación de la *Ratio Studiorum* en la Compañía restaurada y su aplicación en los colegios del País Vasco; y Agustín Udías, al igual que los dos primeros, miembro de la Compañía de Jesús, sobre los jesuitas y los orígenes de la Ciencia Moderna. En lo que se refiere a los segundos, Carmen Labrador ha estudiado la génesis y contenido de la *Ratio Studiorum* a los cuatrocientos años de su promulgación; Fernando de la Puente, la actualidad de la *Ratio Studiorum*; e Ignacio Blanco y Juan Manuel Núñez, los retos educativos que se le plantean actualmente a la citada *Ratio Studiorum* y su relación con la pedagogía actual.

Todas estas contribuciones vienen precedidas por un estudio de carácter introductorio en el que el jesuita Juan Plazaola da su visión particular sobre la manera y los razones por las cuales la Compañía de Jesús se convirtió en una orden educadora. Porque la idea inicial de San Ignacio de Loyola no fue dedicarse él y los suyos a la educación, sino ofrecer al Papa un grupo de hombres disponibles para ir donde el pontífice se lo solicitara y cuando él quisiera. Colegios y universidades iban en contra de